De Piera Aulagnier en esta biblioteca

El aprendiz de historiador y el maestro-brujo
Del discurso identificante al discurso delirante

0,90

La violencia de la interpretación

Del pictograma al enunciado

Piera Castoriadis-Aulagnier

Amorrortu editores
Buenos Aires

Palabras preliminares

¿Por qué este replanteo del modelo metapsicológico?
La respuesta se relaciona en forma directa con el objetivo que nuestra construcción se ha propuesto: encontrar una vía de acceso al análisis de la relación del psicótico con el discurso que permita a la experiencia analítica desarrollar una acción más cercana a la ambición de su proyecto. Al avanzar por el camino que nos llevaba hacia esta meta hemos visto, en forma a menudo inesperada, que algunos interrogantes que considerábamos resueltos volvían a plantearse en toda su oscuridad, que algunas referencias conceptuales a las que habíamos considerado irrefutables perdían su aparente claridad. La psicosis nos obligaba a repensar la psique y nuestros modelos —lo cual no ha de sorprender a nadie—. De ese modo, aquello que en nuestro proyecto inicial debía ser sólo una introducción, que explicitase los conceptos a los que recurre este trabajo, ha ocupado gran parte del libro: nos vimos obligados a diferir la consecución de nuestro objetivo.
No obstante, esa postergación ha sido y continúa siendo lo suficientemente cercana a nuestra reflexión como para que debamos considerarla la tela de fondo sobre la cual se tejió el conjunto de nuestras proposiciones. Su olvido dificultaría la comprensión de la perspectiva escogida, el eventual valor de nuestras hipótesis y del modelo propuesto. Es evidente que el propósito de una investigación modifica la forma de realizarla, el método que ella privilegia, el tipo de preguntas que se plantea. A pesar de que en esta etapa de nuestro trabajo no hemos podido profundizar nuestra reflexión sobre la psicosis en la medida que esperábamos, de todos modos constituye, en su totalidad, un cuestionamiento a ella referido o, para ser más precisos, una manera de cuestionar a la psique, que espera encontrar el camino que le permita abordar su problema de un modo diferente.
Estamos lejos de haber saldado la deuda que hemos contraído desde hace mucho tiempo con el discurso psicótico. A

este discurso, con tanta frecuencia escuchado, con tanta frecuencia incomprendido, debemos el haber perdido definitivamente toda ilusión acerca de la presencia de un modelo cuya aplicación ya no tropezaría con «anomalías»; a cambio de ello, lo único que podemos ofrecer es la esperanza de que nuestra construcción permita una escucha más sensible y más atenta de su mensaje. Frente a este discurso, hemos experimentado a menudo la impresión de que lo recibíamos como una interpretación silvestre dirigida al analista acerca de la no evidencia de lo evidente. Esta prueba, no siempre fácil de soportar, es la única que autoriza al analista a hablar de una aventura, la del psicótico, que por lo general no ha vivido subjetivamente. En efecto, en un punto nodal el psicótico y nosotros nos encontramos en una relación de estricta reciprocidad: la ausencia de una presuposición compartida determina que para él nuestro discurso sea tan discutible, cuestionable y carente de todo poder de certeza como el suyo para nuestra escucha. Dos discursos se encuentran y cada uno se revela ante el otro como el lugar en el que surge una respuesta cuyo fundamento no garantiza ninguna tercera instancia, lugar en el que todo enunciado puede ser replanteado radicalmente, en el que ninguna evidencia tiene ya la certeza de ser tal para la otra psique. Para que el encuentro con el psicótico pueda ser positivo para él y no una pura violencia ejercida en nombre de un «saber supuesto», bien resguardado en la mente de uno de los interlocutores, se requiere estar dispuesto a reconocer que, en su referencia a la evidencia, ambos discursos se encuentran en una estricta relación de analogía. La psicosis cuestiona el patrimonio común de certeza, depósito precioso que se sedimentó en una primera fase de nuestra vida psíquica, en relación con el cual comprendemos repentinamente que constituye la condición necesaria para que nuestras preguntas tengan sentido ante nuestra propia escucha y no nos proyecten al vértigo del vacío. Frente a la psicosis, hemos descubierto no solo y simplemente que el modelo de Freud no respondía a una parte de estas preguntas, sino (lo que es más decisivo para nuestro enfoque) que *la aplicación de este modelo a la respuesta que tal discurso suscitaba en nosotros mismos dejaba fuera de circuito a una parte de nuestra propia vivencia.* Con razón o sin ella, no nos consideramos psicóticos: por lo tanto, las «anomalías» que encontrábamos en el análisis de nuestra respuesta ya no podían justificarse por un tipo de resistencia, de defensa, de fijación, que serían específicos de

la psicosis: era necesario reconocer que a partir del momento en el que privilegiábamos una forma particular de interrogación, el modelo presentaba anomalías, cualquiera que fuese el funcionamiento de la psique al que se lo aplicase. Nuestra «tranquilidad teórica» perdía toda solidez: se manifestaba la escisión que hasta el momento la había afianzado y que puede resumirse mediante la siguiente fórmula: 1) La presencia de un modelo teórico *que permite comprender* el discurso psicótico. 2) La atribución de su eventual ineficacia *a la negativa de entender* contrapuesta por este mismo discurso.

Sería erróneo sonreír ante lo que puede parecer, así formulado, una ingenuidad. Si hay ingenuidad, está muy difundida, lo que sería sorprendente en personas poco ingenuas por naturaleza. Hemos presentado el término «escisión»: pensamos que se trata, efectivamente, de una especie de escisión. Su manifestación consiste en que el analista adherirá al mismo tiempo a dos proposiciones contradictorias: 1) En el campo de la experiencia freudiana, no puede existir un conocimiento del fenómeno psíquico sin que corresponda esperar de él que posibilite —lo que no quiere decir que asegure— una acción sobre el fenómeno. 2) Existe un conocimiento del fenómeno psicótico cuya acción es inoperante en el campo de la experiencia.

Debemos preguntarnos a qué riesgo responde esta escisión: ¿Qué es lo que no se debe ver? Antes de proseguir, señalemos que no pretendemos que todo síntoma neurótico sea susceptible de desaparecer una vez que el sujeto acepta la experiencia analítica. En primer lugar, porque, cualquiera que sea la afirmación a la que se aplican, los adverbios «siempre» y «nunca» deberían ser *desterrados* de nuestra disciplina, salvo en contadas excepciones; en segundo lugar, porque esa pretensión equivaldría a atribuir un poder mágico a la experimentación, a pretender la existencia de un saber absoluto que finalmente se posee. Pero, por el contrario, podemos afirmar que en el registro de la neurosis el modelo es capaz, en muchos casos, de explicar las causas del fracaso o la negativa que contrapone el sujeto. Además, la experiencia parece confirmar que en algunos casos el analista y el analizado, confrontados con la irreductibilidad de un tipo de resistencia, pueden comprender lo que está en discusión. Aunque esta comprensión sea insuficiente para superarla, es poco habitual que la experiencia concluya dejando intacto el *statu quo* inicial. El modelo freudiano pue-

de reivindicar con justicia que ha abarcado el campo total del conocimiento de los fenómenos neuróticos: el hecho de que sufra fracasos en su aplicación *no constituye una anomalía sino una posibilidad que la misma teoría y el mismo modelo explican.*

No ocurre lo mismo con la psicosis, siempre que sea cierto —y es difícil negarlo— que en este caso el orden de valores se invierte: por un análisis exitoso, ¿cuántos son abandonados en el camino?, ¿cuántos han confrontado al analista con la ineficacia de sus esfuerzos? No consideramos satisfactorio recurrir al concepto de trasferencia para imputar el fracaso a la imposibilidad de que ella se dé en el psicótico. Esta «imposibilidad» debería, en primer lugar, ponernos frente a la necesidad de redefinir el concepto: sería posible, así, comprender mejor por qué la trasferencia, tal como la muestra la relación neurótica, exige no solo la catexia libidinal de una imagen proyectada sobre el analista, en lo que el psicótico se destaca, sino también que se trasfiere a la situación experimental una demanda realizada al saber del Otro, demanda cuya fuente se halla en un encuentro inaugural sujeto-discurso. También el psicótico efectuará esa «trasferencia», y, paradójicamente, he ahí la causa fundamental de lo que hace fracasar el proyecto analítico. En efecto, trasferirá a la situación analítica lo que continúa repitiendo de su relación con el discurso del Otro, y por ende con nuestro discurso. Tanto si se la considera como consecuencia de una no progresión o de una regresión (ello poco importa aquí), esta relación no enfrenta al analista con ninguna trasparencia del inconsciente, ni con una simple repetición de lo que sería el funcionamiento normal de una primera fase de la actividad psíquica: es este un mito falso y pertinaz. Las elaboraciones psíquicas que se proponen a nuestra escucha son sumamente complejas, pero el punto de partida de estas producciones es diferente que en el caso del neurótico,[1] responden a otras exigencias, apuntan a una meta distinta. La relación Yo [*Je*]-discurso, o sujeto-saber, en la acepción que nosotros le damos a este último término, tiene un fundamento idéntico en todo sujeto mientras nos situamos fuera del campo de la psicosis: permite una definición que juzgamos verdadera, pero ello mismo implica que solo lo es a partir de determinado nivel de elaboración de la psique y con la condición de que en el trascurso de esta etapa el sujeto haya logrado superar ciertos escollos. A partir de este «nivel» funciona el Yo del analista que ejerce y piensa su

función: existe así un antes que nos obliga a intentar resolver la paradoja que consiste en pensar, basándonos en nuestra relación con el saber, lo que sólo sería pensable si se modificase esta relación. Dicho paso es necesario si pretendemos reconstruir el modelo de una etapa preexistente en la que, por definición, no era pensable la relación Yo-discurso, al no haberse constituido la instancia Yo y no haber adquirido la psique el manejo del lenguaje.

Dos soluciones, entonces, son posibles:

1. No modificar en absoluto el modelo que da cuenta de esta relación, no interrogar su antes, y analizar lo que interviene en aquellos a los que el modelo no puede aplicarse sin modificaciones, gracias al planteo de una serie de diferencias. La relación del psicótico con el discurso será definida entonces mediante una serie de *carencias* [*en moins*] en relación con un modelo que define, supuestamente, lo que debería ser la relación sujeto-saber. Sin embargo, aunque en última instancia esta definición por la carencia puede explicar una parte de la problemática psicótica, nada dice acerca del suplemento [*en-plus*] del cual da testimonio la creación psicótica. Puede explicar determinados fenómenos de «regresión», pero es muda en lo referente al prodigioso trabajo de reinterpretación que efectúa la psicosis. Agreguemos que, al proceder de ese modo, se olvida la anomalía esencial con la que tropieza, en nuestra opinión, la aplicación del modelo: dejar sin respuesta una parte de los fenómenos que el discurso psicótico suscita en la psique del que no se considera como tal, el analista.

2. La otra solución es la que hemos elegido: reconocer que lo que el modelo deja de lado en lo concerniente a nuestra propia respuesta exige que se reconsideren las diferentes construcciones que explican la constitución del Yo y la función del discurso, que se logre entrever cuál era ese impensable «antes» que todos hemos compartido. En tal caso, es necesario saber apoyarse en lo que experimenta nuestro pensamiento cuando se lo obliga a enfrentarse con un discurso que no deja ningún lugar a la duda, que contrapone la certeza del delirio a la lógica de nuestra razón, y le sugiere que existió un tiempo lejano en el que también él había encontrado un discurso que se imponía como dueño exclusivo de lo verdadero. Discurso al servicio de una violencia tan radical como necesaria para tener acceso al patrimonio compartido que es el lenguaje.

Nuestra construcción no pretende ser un nuevo modelo de la psique: su ambición es volver a dar acceso a una parte de lo que había sido dejado de lado; sus riesgos, así, son también grandes. No solo no posee nada definitivo, lo que sería incompatible con nuestra propia concepción del saber, cualquiera que este sea, sino que privilegia voluntariamente —conociendo los inconvenientes que implica todo privilegio— lo que en el proceso psíquico se relaciona con la problemática del saber, o sea lo que atañe especialmente a la relación del Yo con el registro de la significación.
Nuestra concepción de esta relación se vio modificada en forma notable a partir de lo que percibimos en nuestra reflexión como factor específico de nuestra vivencia subjetiva frente al discurso psicótico.
Independientemente del sentido manifiesto de sus enunciados, experimentamos este discurso como una «palabra-cosa-acción» —que se nos perdone por el momento la escasa claridad de un trinomio que será dilucidado luego— que, al irrumpir en nuestro espacio psíquico, nos inducía, a menudo *a posteriori*, a «re-pensar» un modelo de respuesta perimido y generalmente reducido al silencio.
De ello deriva nuestra hipótesis acerca de este modo de representar que será definido mediante el concepto de lo «originario»: testigo de la perennidad de una actividad de representación que utiliza un pictograma que ignora la «imagen de palabra» y posee como material exclusivo la «imagen de cosa corporal». El discurso psicótico nos induce a postular una forma de actividad psíquica precluida [*forclose*] de lo conocible, en forma definitiva y para todo sujeto, y, sin embargo, siempre en acción, «fondo representativo» que persiste paralelamente a otros dos tipos de producción psíquica: la que caracteriza al proceso primario y la que caracteriza al proceso secundario.
Aunque lo originario define una forma de actividad común a todo sujeto, debemos señalar que la eficacia del concepto sólo puede ser comprendida si se está dispuesto a ponerlo a prueba en la práctica del análisis en el registro de la psicosis.
Lo mismo ocurre en lo que concierne al lugar que asignamos al cuerpo y a la organización sensorial que proporcionan los modelos somáticos que el proceso originario repite en sus representaciones.
Aunque la parte consagrada directamente a la psicosis se vio reducida, de todos modos es probable que este trabajo interese en escasa medida al lector que no esté preocupado activa y constantemente por el enigma que ella plantea. Nos permitimos añadir que pensamos que ese desinterés es incompatible con nuestra función. La insistencia puesta en lo que constituyó la motivación esencial de nuestro esfuerzo no se debe a que pretendamos consolarnos por haber renunciado parcialmente a ella: se debe a que, si no se percibe en filigrana, en cada página, la presencia de un mismo interrogante que nos acosa, sería difícil comprender el porqué del escaso lugar que asignamos en este trabajo a lo que pertenecería al orden de una intuición de lo inefable, y lo que debemos al aporte de una experiencia clínica que modeló e indujo nuestras formulaciones. Aunque no pretendemos ofrecer al lector un croquis o una guía para seguir un trayecto que está lejos de presentar la continuidad y la claridad deseables, de todos modos hemos estimado útil señalar desde el comienzo los postulados en los que se basará nuestra construcción. Estos postulados se refieren a nuestra concepción del cuerpo, de los órganos-funciones sensoriales, de la información y de la metabolización que la psique les impone: tampoco definen un problema sino una «opción preliminar» que permite, si el lector acepta provisoriamente su hipótesis, una lectura de este libro que pueda justificar y provocar su interés.

1. *El cuerpo.* Junto al cuerpo biológico de la ciencia y a las definiciones analíticas del cuerpo erógeno, se impuso a nuestra observación otra imagen: la de un conjunto de funciones sensoriales que son también, a su vez, vehículo de una información continua que no puede faltar, no solo porque ella es una condición para la supervivencia somática, sino también porque constituye la condición necesaria para una actividad psíquica que exige que sean libidinalmente catectizados tanto el informado como el informante. Mostraremos la identidad entre la actividad sensorial y la erogenización de las zonas, sedes de su órgano. Ello permite una concepción diferente del objeto parcial, una mejor comprensión de la angustia de mutilación como equivalente de la angustia de castración en el psicótico.
El origen de la relación psique-cuerpo se encuentra en lo que la primera toma del modelo de actividad del segundo; a su vez, este modelo será metabolizado en un material totalmente heterogéneo, que formará el marco constante de un argumento originario que se repite indefinidamente.
Esta repetición de una puesta en escena inmutable define el

funcionamiento y la producción de lo que denominamos lo originario.
La psicosis se caracteriza por la fuerza de atracción ejercida por lo originario, atracción a la que se contrapone el «suplemento» representado por la creación de una interpretación «delirante» que hace «decibles» los efectos de esta violencia.

2. *La situación de encuentro.* Lo que caracteriza al ser viviente es su situación de encuentro continuo con el medio físico-psíquico que lo rodea. Este encuentro será la fuente de tres producciones cuyos lugares de inscripción y los procesos que los producen delimitan tres «espacios-funciones»: *a*) lo originario y la producción pictográfica; *b*) lo primario y la representación escénica (la fantasía); *c*) lo secundario y la representación ideica, es decir, la *puesta en escena* como obra del Yo.
Desde el primer momento de su existencia, el sujeto se halla frente a una serie de encuentros: una de las características de estos será anticiparse siempre a sus posibilidades de respuesta o de previsión. Este estado de encuentro da lugar a tres tipos de producción que metabolizan de acuerdo con su propio postulado [2] la información obtenida. Todo acto, toda experiencia, toda vivencia, da lugar, conjuntamente, a un pictograma, a una puesta en escena, a una «puesta en sentido» [*mise en-sens*].[3] Del pictograma, el sujeto no puede poseer ningún conocimiento directo, pero el analista puede entrever algunos de sus efectos e intentar construir un modelo conocible para el Yo; por el contrario, la obra de la puesta en escena propia de lo primario, de la que es testimonio la producción fantaseada, tiene el poder de infiltrarse en el campo de lo secundario, aunque este último se encuentra dominado por un trabajo de «puesta en sentido» originado en la instancia llamada Yo.
El análisis de esta instancia se centrará alrededor de los tres postulados siguientes:

1. La exigencia de interpretación como fuerza que organiza el campo del discurso.
2. La función de objeto parcial que cumplen en un primer momento el objeto-voz y el «pensar», en cuanto última función parcial y última prenda de una relación madre-hijo que precede a la disolución del complejo de Edipo.
3. La imposibilidad de analizar la función del Yo sin considerar el campo sociocultural en el que está inmerso el sujeto.

El «contrato narcisista» designará lo que constituye el fundamento de toda posible relación sujeto-sociedad, individuo-conjunto, discurso singular-referente cultural.
En la parte que introducirá la problemática psicótica, el conjunto de estas hipótesis pemitirá mostrar cómo y por qué es a la actividad del Yo a la que se le debe ese suplemento al que llamaremos: *el pensamiento delirante primario.*
Concluiremos estas palabras preliminares señalando que un largo trayecto nos separa del tiempo de concluir: la realidad es cambiante, la historia de la relación del analista con la teoría es, como toda historia, un proceso dinámico cuyas grandes líneas pasadas es posible trazar, del que es posible entrever algunos aspectos del presente pero predecir muy poco acerca de su futuro.
En lo que se refiere a la problemática psicótica, estamos convencidos de que está aún lejano el momento en el que la razón podrá pretender proporcionar un análisis exhaustivo acerca de ella. ¿Lo logrará alguna vez? ¿O se debe pensar, acaso, que la locura conservará oculto un núcleo «fuera de razón», que ella nos señala nuestros límites y que este núcleo de opacidad constituye la garantía de nuestra pertenencia al campo de lo «razonable»? La teoría psicoanalítica ha proporcionado datos preciosos en este campo; la extrañeza radical del alienado ha sido sustituida por la inquietante extrañeza [a] de algo familiar, sucesivamente demasiado cercano y demasiado lejano: la diferencia es importante y atestigua el camino recorrido. Pero en este ámbito, más aún que en otros, se debe estar al acecho de las anomalías con las que con tanta facilidad tropieza nuestro modelo y que se tiende a desconocer: negar la existencia de la locura para reducirla (ya que efectivamente se trata de una reducción) a un modo de ser similar a otros es prácticamente equivalente a denunciar, por el contrario, su presencia, aunque reduciéndola en este caso al efecto de una «tara» exclusiva (diabólica, sociológica, orgánica o genética, según los designios de la moda).
Certeza y saber se distinguen en nombre de la «cuestionabilidad» de sus enunciados respectivos: la primera rechaza esta puesta a prueba, el segundo la acepta, aunque lo haga a pesar suyo. Debemos esperar que el cuestionamiento de, por y sobre el psicoanálisis pueda continuar.